



Época II N° 12

Julio 2013

Los intereses creados: Lecturas sobre la crisis económica

Suplemento del Cuaderno núm. 184 de CRISTIANISME I JUSTÍCIA - (n. 218) – Junio 2013 Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona - Tel. 93 317 23 38 - info@fespinal.com / www.cristianismeijusticia.net

La crisis ha desencadenado mucha literatura. Sugerimos aquí algunos títulos significativos.

1. La historia de la crisis

A nivel mundial fue narrada por Leopoldo ABADÍA en *La crisis Ninja y otros misterios de la economía actual*, Madrid, Espasa, 2010, que explicaba cómo la decisión de algunos banqueros de prestar a deudores insolventes esperando enriquecerse así, acabó por desencadenar una hecatombe mundial.

Dos años después, ciñéndose a España, y con muchas anécdotas concretas, publicó Ernesto EKAIZER, *Crónica de un atraco perfecto*, Madrid, Espasa, 2012. Por si título y subtítulo no fueran claros, el libro lleva un ante-título que reza: *Por qué lo llaman crisis cuando es una estafa*. Como hilo conductor del libro puede servir la frase de la página 51: «Existen intereses creados que obstaculizan la capacidad intelectual de economistas y analistas».

2. Salidas de la crisis

Juan TORRES LÓPEZ, *Contra la crisis, otra economía y otro modo de vivir*, Madrid, HOAC, 2011. Fue de los primeros que en España levantaron la voz para denunciar que las políticas

contra la crisis sólo van a servir para enriquecer y aumentar el poder de los grupos oligárquicos y para empobrecer más a millones de personas. Escrito con un *pathos* contagioso, pone de relieve los silencios interesados que acompañan a muchas declaraciones de nuestros gobiernos y suministra muchos datos comparativos que ayudan a abrir los ojos y saber dónde estamos, subrayando estas palabras de Mayor Zaragoza: «hay que enfrentarse a esos sinvergüenzas que nos decían que no había medios para reducir a la mitad el hambre en el mundo...; esos mismos que luego hablaban de 700.000 millones de dólares para rescatar a las financieras y decirles que ahora toca rescatar a los desfavorecidos». Sostiene que «otra economía es posible». Pero... es «una economía con más ética, más política y más amor».

ECONOMISTAS FRENTE A LA CRISIS (EFC), *No es economía, es ideología*, Barcelona, Deusto, 2012. Doce economistas agrupados en la sigla EFC sostienen aquí que la crisis se ha convertido en una coartada para cambiar nuestro modo de convivencia social (p. 10). Se produjo por falta de regulación y se la quiere resolver desregulando más. A eso llaman hipócritamente reformas pero, en realidad, son «contrarreformas» (p. 11), cuyo objetivo es «reducir drásticamente la labor del estado como redistribuidor de rentas» y «modificar los equilibrios entre empresarios y trabajadores en el seno de la empresa» (p. 42), quitando fuerza a los sindicatos. Esos intereses se disfrazan bajo una ideología machacona: toda propuesta alternativa «es perversa» (sólo servirá para empeorar), «es inútil» (porque la economía funciona por leyes inalterables) y además supone «un riesgo demasiado alto» (p. 261). Como todos los libros de varios autores, es desigual, pretende hablar de todo (finanzas, mercado de trabajo, fiscalidad, bancos, energía, medio ambiente...), y algunos capítulos son minuciosamente técnicos.



Paul KRUGMAN, *¡Acabad ya con esta crisis!*, Barcelona, Crítica, 2012. Un alegato en favor de políticas keynesianas, que nos sacaron de la crisis anterior y hoy son rechazadas interesadamente por los grandes poderes de la tierra. El resultado de la crisis está siendo volver a los riquísimos todavía más ricos y a los trabajadores normales o clases medias cada vez más pobres (p. 83-95). Y «lo más indignante es que no hay ninguna necesidad de que pase lo que está pasando» (p. 29), salvo que «es difícil conseguir que un hombre comprenda algo cuando su salario depende de que no lo comprenda» (p. 97).

Sostiene que las medidas que se están tomando nos hacen ir a peor y que deberíamos hacer lo contrario. La austeridad es buena para tiempos de auge pero no de depresión. El ahorro es una conducta lógica a nivel personal pero, cuando en un momento de peligro todos la aplican, resulta tan desastrosa como cuando todos se empeñan en salir, a la vez y por la misma puerta, de un recinto que está ardiendo. Por tanto: hay que activar la de manda y eso sólo puede hacerlo el gobierno creando obra pública (y, si hace falta, imprimiendo dinero, que será una forma de devaluación). Pues el problema no es la deuda en sí, sino quién debe el dinero. El autor critica el «tono moralista» con que Alemania fustiga a los otros en interés propio (p. 33). Europa tenía que haber actuado como Islandia. El problema ha sido que muchos países europeos no tenían moneda propia (p. 194).

En conclusión: «los cambios en el gasto gubernamental mueven la producción y el empleo en la misma dirección: si se gasta más crecerán tanto el PIB como el empleo, si se gasta

menos menguarán ambos» (p. 225-26). «Los riesgos de hacer demasiado poco son muy superiores a los de emprender de más» (p. 228).

3. Lecciones de la crisis para el futuro

Reinhard MARX, *El capital. Un alegato a favor de la Humanidad*, Barcelona, Planeta, 2011. Ironías de la vida: en pleno siglo XXI aparece un libro titulado *El Capital*, cuyo autor no es aquel ateo redivivo sino un obispo católico. Con cierto sentido del humor, se abre con una carta del Marx de hoy al de ayer donde, tras manifestarle pocas simpatías, el arzobispo se pregunta, si su antepasado no tendría razón en bastantes cosas: como que, también en economía, mi libertad termina donde comienza la libertad del otro. Y que hoy somos esclavos de un «imperativo económico» (cuando algo produce beneficios hay que hacerlo), sin consideraciones humanistas o morales en ninguno de los dos casos.

Sus referencias son O. Nell-Breuning, la «economía social de mercado» y la Doctrina Social de la Iglesia. El estado debe intervenir para «la redistribución de la renta, el crecimiento económico sostenido, la lucha contra el desempleo y la protección del medio ambiente» (p. 95). No llega a reconocer que la DSI es inaplicable en nuestro sistema y, por tanto, o hay que cambiar el sistema o la DSI no vale para nada. Pero se acerca a eso cuando afirma que considerar al trabajo como una mercancía más, sometida «a las leyes supuestamente inquebrantables del mercado» es incompatible con la DSI (p. 123). Fustiga al FMI por no conocer más políticas que las que agravan los problemas sociales (p. 269). Denuncia a «muchas facultades de ciencias económicas donde los estudiantes sólo aprenden a realizar complicados cálculos econométricos» sin aprender conocimientos fundamentales (p. 292). Y es recomendable el capítulo 6 que narra la crisis del 29, y deja al lector boquiabierto al ver cómo se repite la historia y qué poco aprendemos los hombres.



Cabe estar más a la izquierda que este obispo, desde una visión del hombre seguidor de E. Mounier, que no prime el aspecto individual sobre el social sino que equipare a ambos. Y desde una reflexión (ausente en la obra), sobre el «derecho de propiedad» en la moral cristiana. Pero si la Iglesia tuviera hoy una larga serie de prelados como éste daría al mundo un rostro mucho más creíble del Evangelio.

Su conclusión: si no somos capaces de responder al desafío del momento, «el fantasma de Karl Marx saldrá de la tumba para perseguirnos» (p. 299).

Terry EAGLETON, *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Península, 2011. Según el autor, el marxismo constituye «la más perspicaz, rigurosa y exhaustiva» crítica del capitalismo (p. 15). Pero esa crítica ha sido rechazada apelando a la filosofía social de Marx, y en nombre de «una nueva filosofía social: la de la más descarada codicia» (p. 18-19). Ella nos hace consentir en «el mito de que la fabulosa riqueza generada por el modo de producción capitalista acabará llegándonos a todos tarde o temprano» (p. 23). Por eso el libro se dedica a reivindicar la filosofía social de Marx, respondiendo a las críticas que se le hicieron.

El comunismo del Este tenía muy poco de marxista: Marx no veía posible llegar al socialismo ni en un solo país, ni desde una economía agraria. Marxistas como Trotski fueron muy críticos con la economía rusa (p. 36). Marx tampoco fue un determinista: la misma

expresión posterior «socialismo o barbarie» muestra que en la historia hay posibilidades abiertas pero no necesariamente usos correctos de ellas. Marx tampoco era un utopista iluso: combatió con rudeza a los socialistas utópicos y sería más fácil acusarle de una vaguedad imperdonable. Tampoco era un reduccionista económico: «ni las fuerzas económicas son el único determinante» (p. 111), ni esa determinación es una causa mecánica, sino que hay una doble dirección entre la «base económica» y la «superestructura». Pero Marx cree que «sólo lo económico, entendido en su sentido restringido, nos permitirá trascender lo económico» (p. 126).

Marx no habría sido un pensador de la historia si no diera importancia decisiva al espíritu. Su materialismo «tiene que ver con dar de comer al hambriento, acoger a los inmigrantes y proteger a los pobres de la violencia de los ricos» (p. 139).

Marx defiende que las necesidades físicas no sólo nos hacen pensar, sino que además «moldean nuestra forma de pensar» (p. 143). Y moldean no quiere decir que producen. Ni tenía una idea ya obsoleta de la lucha de clases: en el Manifiesto dedica grandes elogios a la burguesía. Pero busca aprovechar sus logros y evitar que el capitalismo sea «una fuerza tan emancipadora como catastrófica» (p. 159). Ni fue promotor de la violencia: «uno de los primeros decretos de los bolcheviques nada más llegar al poder fue la abolición de la pena de muerte» (p. 183). Según W. Benjamin: «la revolución no es el tren que está fuera de control, sino el freno de emergencia con el que se intenta pararlo. Es el capitalismo el que está descontrolado» (p. 180). Tampoco cree el marxismo en un estado todopoderoso y despótico.

Difícilmente pudo ser un apologista del Estado quien aplaudió la comuna de París. «El estado que Marx aprobaba era el del dominio de los ciudadanos sobre sí mismos y no el de una minoría sobre una mayoría» (p. 193). Pues sabía que el estado existe en buena parte para defender el orden actual que es injusto. Concluye afirmando que Marx sigue vigente no por ofrecer soluciones, sino por su diagnóstico del sistema capitalista.



Conclusión

Nuestros autores coinciden en que, bajo presuntas afirmaciones económicas no hay más que posturas ideológicas que obedecen a intereses concretos. Estos favorecen sólo a los defensores de esas posturas, pero no al resto de la sociedad.

Por eso, resulta incomprensible la imperturbabilidad con que nuestro gobierno



afirma que no hay más que un solo camino, y que estamos haciendo las cosas bien. Una cita de Krugman define las dos posturas: «El moderno conservadurismo se entrega a la idea de que las claves de la prosperidad son los mercados sin restricciones y la búsqueda sin trabas del beneficio económico y personal. También defiende que la expansión de las funciones gubernamentales posterior a la Gran Depresión sólo nos ha supuesto perjuicios...»

Lo que en verdad vemos es una historia en que los conservadores se hicieron con el poder, se pusieron a dismantlar muchas de aquellas protecciones de tiempos de la Depresión... y la economía se hundió en una segunda depresión notablemente negativa» (p. 77).¹

José I. González Faus, sj. Cristianisme i Justícia

¹.Lo expuesto aquí de manera muy sucinta, aparecerá de forma más amplia en un Boletín de Actualidad Bibliográfica, enero-junio 2013.